

para retirarse de la corte; pues el que con tantas instancias y regalos habia procurado disuadir á Cortés de su resolucion de ir á México, fácilmente le daria permiso de salir de allí. Los otros creían necesaria la salida; pero opinaban que debia hacerse de pronto y en secreto, para no dar ocasion á que los Mexicanos pusiesen por obra alguna perfidia. Sin embargo, la mayor parte de ellos, inducidos de antemano, como es de creerse, por el mismo general, se adhirieron á su voto, oponiéndose á los otros, como vergonzosos y más arriesgados. "¿Qué se dirá de nosotros, preguntaban, viéndonos salir intempestivamente de una corte donde con tantas honras hemos sido acogidos? ¿Habrá quien no crea que el miedo es el que nos pone espuelas? Y si perdemos la reputacion de valientes, ¿qué seguridad podemos prometernos? ¿Qué no harán con nosotros, en los puntos del territorio mexicano, ó del de nuestros aliados, por donde tengamos que transitar, cuando ya no los detenga el respeto de nuestras armas?" Tomóse finalmente la resolucion de apoderarse de Moteuczoma en su palacio, y de llevarlo preso á los cuarteles: proyecto bárbaro y extravagante, sugerido por el temor de los males que podrian sobrevenirles, ó por la experiencia de su propia felicidad, que, más que ninguna otra consideracion, estimula á los hombres á acometer las más arduas empresas y frecuentemente los arroja á los más hondos precipicios.

Para la ejecucion de tan peligroso atentado puso Cortés en armas á toda su tropa y la distribuyó en los puntos convenientes. Mandó á cinco de sus capitanes y á veinticinco de sus soldados, en quienes más confianza tenia, que se dirigiesen de dos en dos á palacio; pero de tal modo, que acudiesen todos á un mismo tiempo y como si fuese por casualidad: él se encaminó al mismo punto, con su intérprete Doña Marina, obtenido ántes el beneplácito del rey, á la hora en que solia visitarlo. Fué introducido con los otros españoles en la sala de la audiencia, donde Moteuczoma, lejos de pensar lo que iba á suceder, los recibió con la misma amabilidad que siempre. Mandóles tomar asiento, les regaló algunos efectos de oro, y además, presentó á Cortés una de sus hijas. Cortés, despues de haberle significado con las más urbanas expresiones su gratitud, se excusó de aceptarla, alegando que estaba casado en Cuba, y que segun la ley divina de los cristianos, no le era lícito tener dos mujeres; pero al cabo la admitió en su compañía, por no disgustarlo, y con el objeto de reducirla al cristianismo, como lo verificó en efecto. A los otros capitanes dió tambien algunas hijas de los señores Mexicanos, que tenia en su serrallo. Hablaron despues algun rato sobre varios asuntos; pero viendo Cortés que la conversacion lo distraia de su intento, dijo al rey que aquella visita tenia por objeto darle parte de la conducta del señor de Nauhtlan, su vasallo: quejóse de las hostilidades que habia cometido contra los Totonacas, solo por su amistad con los españoles; de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, de la muerte del gobernador Escalante y de seis soldados de aquella plaza. "Yo, dijo, debo dar cuenta á mi soberano de la muerte de estos hombres, y para poder satisfacerlo dignamente, he hecho varias indagaciones acerca de un procedimiento tan irregular. Todos os inculpan, como al principal autor de aquellos sucesos; mas yo estoy lejos de creer tamaña perfidia en tan gran monarca, cual seria la de tratar como enemigo en aquella provincia, al que al mismo tiempo colmais de favores en la corte." "No dudo, respondió Moteuczoma, que los que me atribuyen la guerra de Nauhtlan sean los Tlaxcaltecas, mis eternos enemigos; pero yo os protesto que no he tenido en ella el menor influjo. Cuauhpopoca ha obrado sin orden mia: ántes bien contra mis intenciones; y á fin de que os

conste la verdad, lo haré venir inmediatamente á la corte, y lo pondré en vuestras manos." Llamó en seguida á dos de sus cortesanos, y entregándoles una joya en que estaba esculpida la imágen del dios de la guerra, que siempre llevaba pendiente del brazo y servia en vez de sello para la ejecucion de sus mandatos, les mandó que se dirigiesen con la mayor celeridad posible á Nauhtlan, y de allí condujesen á la corte á Cuauhpopoca y á las otras personas principales que habian contribuido á la muerte de los españoles, autorizándolos á alistar tropas y apoderarse de ellos por fuerza, en caso de negarse á obedecer sus órdenes.

Los dos cortesanos partieron sin tardanza para poner en cumplimiento su comision, y el rey dijo á Cortés: "¿Qué más puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?" "No dudo de ella, respondió Cortés, mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de que el atentado de Nauhtlan se ha ejecutado por orden vuestra, necesito una demostracion extraordinaria, que haga manifiesta la benevolencia con que nos mirais. Ninguna me parece más conveniente á este fin, que la de que os digneis venir á vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos y por su confesion se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer á nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos, y para ponernos á cubierto bajo la sombra de vuestra majestad." A pesar de las palabras artificiosas con que procuró Cortés dorar su atrevida é injuriosa pretension, el rey la penetró inmediatamente, y se turbó. "¿Dónde se ha visto, dijo, que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo consintiese en envilecer de ese modo mi persona y mi dignidad, ¿no tomarian las armas al instante todos mis vasallos para librarme? No soy yo hombre de los que pueden esconderse y huir á los montes. Sin someterme á tal infamia, aquí estoy pronto á satisfacer vuestras quejas." "La casa, señor, á que os convidamos, dijo entónces Cortés, es uno de vuestros palacios, y vuestros súbditos, acostumbrados á veros mudar de residencia, no podrán extrañar que paseis á la de vuestro difunto padre Axayacatl, bajo el pretexto de darnos este nuevo testimonio de amistad. En caso de que intenten algo contra vuestra persona ó contra nosotros, tenemos valor, brazos fuertes y armas poderosas para reprimir su temeridad. Por lo demás, yo em peño mi palabra que sereis honrado por nosotros, y servido como por vuestros súbditos." El rey perseveró en su repugnancia y Cortés en su pretension, hasta que uno de los capitanes españoles, demasiado atrevido é inconsiderado, llevando á mal que se retardase la ejecucion de aquel designio, dijo en tono colérico que se dejasen las palabras, y que seria mejor llevarse al rey por fuerza, ó quitarle la vida. Moteuczoma, que en el semblante del español conoció su intento, preguntó á Doña Marina qué decia aquel furioso extranjero. "Yo, señor, respondió ella con discrecion, como súbdita vuestra, deseo vuestra ventura, y como confidente de estos hombres, poseo sus secretos y conozco su índole. Si os dignais hacer lo que solicitan, sereis tratado por ellos con todo el honor y distincion que se debe á vuestra real persona; mas si persistís en vuestra determinacion, corre peligro vuestra vida." Aquel infeliz monarca, que desde la primera llegada de los españoles se habia dejado dominar por un terror supersticioso, y cuya pusilanimidad aumentaba de dia en dia, viéndose en tanto apuro y creyendo que ántes que llegasen sus guardias podria haber perecido á manos de aquellos hombres tan osados y resueltos, cedió finalmente á sus instancias. "Quiero, dijo, fiarme de vos: vamos, pues que los dioses lo quieren así;" y dando orden de que se le preparase la litera, se puso en ella para ir á los cuarteles de los españoles.

No dudo que los lectores sentirán al leer, y al considerar las circunstancias de este extraordinario suceso, el mismo disgusto que yo experimento al referirlo; mas en este, no ménos que en otros acacimientos de nuestra Historia, es necesario levantar la mente al cielo y reverenciar con el más profundo respeto los altísimos consejos de la Divina Providencia, que se valió de los españoles como de instrumentos de su justicia y de su misericordia, castigando en algunos la superstición y la crueldad, é iluminando á los otros con la luz del Evangelio. No cesaremos de inculcar este principio, ni de dar á conocer, aun en las acciones más irregulares de las criaturas, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia del Criador.

Salió finalmente Moteuczoma de su palacio, para no volver á entrar más en sus muros, protestando al mismo tiempo á sus cortesanos, que por ciertos motivos que habia consultado ya con los dioses, se iba por su gusto á vivir algunos días con aquellos extranjeros, y mandándoles que lo publicasen así por toda la ciudad. Iba con todo el tren y magnificencia que solia llevar consigo, cuando se dejaba ver en público, y los españoles marchaban á su lado guardándolo, con pretexto de honrarlo. Divulgóse inmediatamente por la ciudad la noticia de tan extraordinario suceso, y concurrió en tropel el pueblo á presenciario: los unos lloraban enternecidos y los otros se arrojaban al suelo como desesperados. El rey procuraba aquietarlos, significándoles el placer con que iba á residir entre sus amigos; pero temiendo algun alboroto, dió orden á sus ministros de despejar el camino de la plebe, é impuso pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Llegado á los cuarteles, acogió con suma benignidad á los españoles que salieron á su encuentro, y tomó por su alojamiento la habitacion que más le acomodó, y que fué muy en breve amueblada por su servidumbre con finos tapetes de algodón y de plumas y con los mejores muebles del real palacio. Cortés puso guardia á la puerta de aquella habitacion y dobló la ordinaria de los cuarteles. Intimó á todos los españoles y aliados que tratasen y sirviesen al rey con el respeto debido á su alto carácter, y permitió que entrasen á visitarlo cuantos Mexicanos quisiesen, con tal de que fuesen pocos á la vez; así que, Moteuczoma no carecía de nada de lo que tenia en su palacio, sino de libertad.

VIDA DEL REY EN LA PRISION.

Daba Moteuczoma libremente audiencia á sus vasallos, oia sus preguntas, pronunciaba sentencias, y gobernaba el reino con la ayuda de sus ministros y consejeros. Servíanlo sus criados con la diligencia y puntualidad acostumbradas. Asistianlo á la mesa una muchedumbre de nobles, distribuidos de cuatro en cuatro, llevando en alto los platos para mayor ostentacion. Despues de haber escogido lo que le gustaba, distribuía lo demás entre los españoles que lo guardaban y los Mexicanos de su servidumbre. No satisfecha con esto su generosidad, hacia frecuentes y magníficos regalos á los españoles. Cortés, por su parte, mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetasen como debian, que mandó dar de palos á uno de ellos por haberle respondido con aspereza, y lo habria mandado ahorcar, segun afirman los historiadores, si el mismo rey no hubiera intercedido en favor del reo. Mas si éste era digno de tan severo castigo, por haber faltado con su respuesta al respeto debido á la majestad del monarca, ¿qué pena merecía él que lo habia privado enteramente de su libertad? Cada vez que Cortés iba á visitarlo, le hacia los mismos acatamientos y cere-

monias que cuando estaba en su palacio. Para distraerlo en su prision, mandaba á sus soldados hacer ejercicios de armas ó jugar en su presencia, y el mismo rey se dignaba tambien jugar con él ó con el capitan Alvarado, á un juego que los españoles llamaban *bodoque*, y mostraba placer en perder para tener nuevos motivos de ejercer su liberalidad. Despues de comer, perdió en una ocasion cuarenta pedazos de oro en bruto, que formaban, segun conjeturo, ciento sesenta onzas á lo ménos. Así disipan fácilmente sus riquezas los que las han adquirido sin fatiga.

Viendo Cortés la liberalidad, ó por mejor decir, la prodigalidad del rey, le dijo un dia que algunos soldados atrevidos habian tomado del tesoro de su difunto padre Axayacatl, unos pedazos de oro, mas que ya habia mandado reponerlos donde estaban. "Con tal que no toquen, dijo el rey, á las imágenes de los dioses, ni á lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso, los españoles sacaron de aquel depósito más de mil vestidos de algodón. Cortés mandó restituirlos, pero Moteuczoma se opuso, diciendo que jamás volvia á tomar lo que habia dado. Quiso además el general español que se arrestasen otros soldados que del mismo tesoro habian tomado cierta cantidad de liquidambar; mas á petición del rey fueron puestos en libertad. No contento con prodigar sus riquezas á los extranjeros, presentó á Cortés otra de sus hijas, que él aceptó para casarla con Cristóbal de Olid, maestre de campo de las tropas españolas. Esta princesa, como la otra que habia Moteuczoma dado ántes, fué prontamente instruida y bautizada. sin que su padre hiciese la menor oposicion.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey, descubierta no solo en tan extraordinarias demostraciones de liberalidad, sino tambien en el placer que tenia de tratar con los españoles, le concedió, despues de algunos dias de prision, licencia para salir de los cuarteles, y lo exhortó á que fuese, cuantas veces quisiese, á divertirse en la caza, ejercicio á que era aficionadísimo. No rehusó el envilecido monarca aquel uso miserable de su libertad, pues salia muchas veces é iba ó á los templos á practicar sus devociones, ó al lago á cazar aves acuáticas, ó al bosque de Chapoltepec ú otro sitio de recreo, siempre guardado por un buen número de soldados españoles. Cuando iba al lago, lo escoltaban muchas barcas y dos bergantines que mandó hacer Cortés, poco despues de su entrada en aquella capital. ¹ Cuando iba á los bosques, lo acompañaban dos mil Tlaxcaltecas, además de la numerosa comitiva de Mexicanos que lo servian continuamente; mas nunca pasaba la noche fuera de su alojamiento.

SUPPLICIO DEL SEÑOR DE NAUHTLAN Y NUEVO INSULTO A LA MAJESTAD DEL REY.

Más de quince días habian pasado despues que Moteuczoma mudó de residencia, cuando volvieron los dos sugetos que habia enviado á Nauhtlan, trayendo consigo á Cuauhpopoca, á un hijo suyo y á quince nobles, cómplices de la muerte de Escalante. Cuauhpopoca venia ricamente vestido sobre una litera. Cuando llegó á los cuarteles se descalzó, segun el ceremonial de palacio, y se cubrió de un ropaje tosco. Introducido á presencia del rey, y hechas las acostumbradas reverencias, le dijo: "Ved aquí, muy grande y poderoso señor, á

¹ Para exponer de una vez la vida de Moteuczoma en la prision, cito algunos sucesos posteriores á los que voy á referir.

vuestro siervo, obediente á vuestras órdenes y pronto á cumplir en todo vuestra voluntad." "Harto mal os habeis conducido en esta ocasion, le respondió indignado el rey, tratando como á enemigos á unos extranjeros que yo recibo amigablemente en mi corte, y grande ha sido vuestra temeridad en inculparme tamaño atentado: sereis por tanto castigado como traidor á vuestro soberano."

queriendo Cuauhpopoca excusarse, no quiso darle oídos y mandó entregarlo á Cortés con sus cómplices, á fin de que, examinado el delito, lo castigase con la merecida pena. Cortés les hizo varios interrogatorios, y ellos confesaron claramente el hecho, sin inculpar al principio al rey, hasta que viéndose amenazados del tormento y creyendo inevitable el suplicio, declararon que cuanto habian hecho les habia sido mandado por el rey, sin cuyas órdenes no hubieran osado intentar la menor cosa contra los españoles.

Oida la confesion por Cortés y fingiendo no dar crédito á sus excusas, mandó que fuesen quemados vivos delante del real palacio, como reos de lesa majestad. Pasó inmediatamente á la estancia del monarca, con tres ó cuatro capitanes y un soldado que llevaba unos grillos, y sin detenerse en las acostumbradas ceremonias y cumplimientos, le dijo: "Ya, señor, han sido examinados los reos y todos han confesado su delito, inculpándoos á vos como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen, y que merecis vos mismo, en virtud de su confesion; pero considerando, por otra parte, los grandes beneficios que nos habeis hecho y el afecto que habeis manifestado á mi soberano y á mi nacion, quiero concederos la gracia de la vida, ya que no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor por vuestro delito." Dicho esto, mandó airadamente al soldado que le pusiese los grillos en los piés, y sin querer oírlo, le volvió la espalda y se retiró. Fué tan grande el asombro del monarca, viendo sometida á tanto ultraje su persona, que no hizo la menor resistencia ni prorumpió en una palabra que denotase su dolor. Mantúvose algun rato privado de sentido. Los criados que lo asistian declararon con mudas lágrimas su dolor, y echándose á sus piés le aliviaban con sus manos el peso de los grillos, y con montones de algodón le evitaban su contacto. Pasada aquella primera sorpresa, prorumpió en ademanes de impaciencia; pero serenóse muy en breve, atribuyendo su desventura á la soberana disposicion de los dioses.

Terminada apénas aquella atrevida accion, acometió Cortés otra empresa no ménos temeraria. Despues de haber prohibido la entrada en los cuarteles á los Mexicanos que venian á visitar al rey, mandó conducir al suplicio á Cuauhpopoca, á su hijo y á los otros cómplices. Escoltáronlos los mismos españoles armados y en órden de batalla, para contener al pueblo si intentaba oponerse á la ejecucion; pero ¿qué podria hacer aquel pequeño número de extranjeros contra la muchedumbre inmensa de Mexicanos, que debian ser espectadores de aquel gran suceso, si Dios, que lo disponia todo para la ejecucion de sus altos designios, no hubiese impedido los efectos de tan inaudito atentado? Encendióse la hoguera delante del palacio principal del rey, y la leña consistia en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, espadas y escudos, que estaban en una armería, porque así lo exigió Cortés del rey, para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Cuauhpopoca, atado de piés y manos y puesto sobre la hoguera en que iba á perecer, protestó de nuevo su inocencia, y repitió que cuanto habia hecho habia sido por expreso mandato de su rey: despues hizo oracion á sus dioses y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. Encendióse el fuego, y en pocos minutos fue-

ron consumidos, ¹ á vista de un pueblo innumerable, que se mantuvo quieto, porque se persuadió, como es de creerse, que aquella sentencia se ejecutaba por órden del rey, y es verosímil que se publicaria en su nombre.

No puede justificarse de modo alguno la conducta de Cortés; porque además de haberse arrogado una autoridad que no le competia, si creia en efecto que el rey era el verdadero autor de las revoluciones de Veracruz, ¿por qué condenar á muerte, y á una muerte tan acerba, á los que no tenian otro delito que haber ejecutado puntualmente las órdenes de su soberano? Si no creia culpable al rey, ¿por qué someterlo á tanta ignominia, dejando aparte el respeto debido á su carácter, la gratitud que requería su generosidad y la seguridad á que es acreedora la inocencia? Yo conjeturo que Cuauhpopoca tuvo órden del rey de someter á los Totonacas á la obediencia de su corona, y no pudiendo obedecer este mandato sin indisponerse con los españoles, como protectores de los rebeldes, llevó las cosas al extremo que dejo referido.

Terminada la ejecucion, pasó Cortés á la habitacion de Moteuczoma, y saludándolo afectuosamente y ponderando la gracia que le hacia concediéndole la vida, mandó quitarle los hierros. El júbilo que experimentó en aquella ocasion Moteuczoma, fué proporcionado á la afliccion que habia sentido cuando se los pusieron. Disipóse enteramente el temor que habia tenido de perder la vida, y recibió la libertad como un beneficio incomparable. ¡Tanto se habia envilecido su ánimo! Abrazó con suma ternura á Cortés, manifestándole con singulares expresiones su gratitud, y aquel día hizo grandes finezas á los españoles y á sus vasallos. Cortés mandó retirar la guardia que le habia puesto, y le dijo que podía restituirse cuando quisiera á su palacio; pero estaba seguro que no lo haria, pues repetidas veces le habia oído decir que no le convenia volver á su antigua habitacion, ínterin estuviesen en la capital los españoles. En efecto, no quiso dejar los cuarteles, alegando el riesgo que corrian Cortés y los suyos, si los abandonaba; mas tambien puede creerse que contribuyó á esta determinacion su propio peligro, no ignorando cuánto desaprobaban sus vasallos el envilecimiento á que se habia reducido y su demasiada condescendencia con los extranjeros.

TENTATIVAS DEL REY DE ACOLHUACAN CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Es verosímil que el suplicio de Cuauhpopoca ocasionase alguna fermentacion en la nobleza; pues de allí á pocos días Cacamatzin, rey de Acolhuacan, no pudiendo sufrir la preponderancia que iban adquiriendo los españoles en la corte de México, y avergonzándose de ver á Moteuczoma, su tío, en tan miserable estado, le mandó á decir que se acordase de su alta dignidad y que no quisiese ser esclavo de aquellos desconocidos; pero viendo que no hacia caso de sus consejos, resolvió hacer la guerra por sí mismo á los españoles. La ruina de éstos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenian aquellos pueblos de

¹ Solís, cuando habla de la sentencia de Cortés contra Cuauhpopoca, dice: "Juzgóse militarmente la causa y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos." Con lo que, sin explicar claramente el suplicio de los reos, da á entender que no fueron quemados vivos: este modo de hablar no conviene á la sinceridad que se requiere de un historiador. Procuró disimular lo que no cuadraba con el panegrico de su héroe; pero de poco sirve su artificio, cuando no solo los otros historiadores, sino el mismo Cortés lo afirma positivamente en su Carta á Carlos V. Vease además, la Década 2, libro VIII, cap. 9, del cronista Herrera.

Cacamatzin, hubiera correspondido á su intrepidez y resolucion; pero los Mexicanos sospechaban que bajo color de celo por el honor de su tío, ocultaba miras ambiciosas y el designio de usurparle la corona: los Totonacas no lo amaban, por su orgullo y por el mal que había hecho á su hermano Cuicuitzcatzin, el cual, para huir de su persecucion, se había refugiado en México, y era generalmente estimado por su gallardía y popularidad.

Pasó, pues, Cacamatzin á Texcoco, y habiendo convocado á sus consejeros y á los principales personajes de su corte, les representó el deplorable estado en que se hallaba la corte de México, por el soberbio arrojo de los españoles y por la pusilanimidad del rey su tío: la autoridad que aquellos pocos extranjeros se iban arrogando; las gravísimas injurias que habían hecho á la persona del monarca, aprisionándolo como si fuera un vil esclavo, y aun á los dioses mismos, introduciendo en aquel reino el culto de númenes extraños; exageró las funestas consecuencias que de aquellos principios podían resultar contra la corte y el reino de Acolhuacan. "Es tiempo, decia, de combatir por nuestra religion, por nuestra patria, por nuestra libertad y por nuestro honor, ántes que se aumente el poder de estos hombres, ó con nuevos refuerzos que vengan de su país, ó con nuevas alianzas que en éste contraigan." Finalmente, les mandó que descubriesen libremente su opinion. La mayor parte de los consejeros se pronunciaron por la guerra, ó para complacer al rey, ó porque en efecto eran del mismo dictámen; pero algunos ancianos, á quienes todos miraban con veneracion, dijeron al rey, sin empacho, que no se dejase tan fácilmente llevar por el ardor de la juventud: que ántes de tomar una resolucion, considerase que los españoles eran hombres belicosos y resueltos y peleaban con armas superiores; que no considerase tanto su parentesco con Moteuczoma, como la alianza y amistad de éste con los españoles; que esta amistad, de que existian pruebas tan positivas, lo induciría á sacrificar á la ambicion de aquellos extranjeros, todos los intereses de la sangre y de la patria.

A pesar de estas representaciones se abrazó el partido de la guerra, y empezaron á hacerse inmediatamente, con el mayor secreto, los preparativos, pero no dejaron de saberlo Moteuczoma y Cortés. Este entró en gravísima inquietud; mas considerando por otra parte que salia bien en todas las empresas temerarias, pensó en evitar el golpe, marchando con sus tropas á dar el asalto á Texcoco. Moteuczoma lo disuadió de tan osado proyecto, informándolo de las fuerzas de aquella corte y de la inmensa muchedumbre de sus habitantes. Determinó, pues, Cortés enviar una embajada á aquel monarca, recordándole la amistad que mutuamente se habían prometido en Ayotzinco, cuando fué á verlo de parte de su tío, y diciéndole que reflexionase cuán fácil es emprender la guerra y cuán difícil terminarla ventajosamente; por fin, que más le convendría mantenerse en buena correspondencia con el rey de Castilla y con la nacion española. Cacamatzin respondió que no podía tener por amigos á los que le quitaban el honor, á los que oprimian la patria, á los que ultrajaban á su familia y despreciaban su religion; que no sabia, ni le importaba saber, quién era el rey de Castilla; que si queria evitar el golpe que le amenazaba, saliese inmediatamente de México y regresase á su país.

A pesar de ser tan violenta la respuesta, Cortés le envió otro mensaje; pero habiéndole contestado en el mismo tono que la vez primera, se quejó amargamente á Moteuczoma, y para más empeñarlo, fingió sospechar de él que tenia algun influjo en los designios hostiles de su sobrino. Moteuczoma se justificó de aquel agravio con las protestas más sinceras, y se ofreció á interponer su

autoridad. Envió, pues, á decir á Cacamatzin que viniese á visitarlo á su corte y que él hallaría modo de ajustar aquella disension. Cacamatzin, indignado al ver á Moteuczoma más empeñado en favor de los que oprimian su libertad, que en el de quien se esforzaba en restituírsela, le respondió que si despues de tanta infamia hubiera quedado en su alma el menor sentimiento de honor, se avergonzaria de verse hecho esclavo de cuatro aventureros, que miéntras lo halagaban con palabras, lo ultrajaban con sus hechos; que pues no bastaba á moverlo ni el celo de la religion y de los dioses acolhuas, despreciados por aquellos hombres, ni la gloria de sus abuelos, eclipsada y envilecida por su cobardía, él queria defender su religion, vengar á los dioses, conservar su reino, y recobrar el honor y libertad de la nacion Mexicana y de su monarca; que iria en efecto á la corte, como se lo rogaba, pero no con las manos en el seno, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los Mexicanos con la sangre de los españoles.

PRISION DEL REY DE ACOLHUACAN Y DE OTROS SEÑORES Y EXALTACION DEL PRINCIPE CUICUITZCATZIN.

Consternóse Moteuczoma al oír esta respuesta, temiendo ser víctima, en aquella tempestad, ó de la venganza de los españoles, ó del furor de Cacamatzin; por lo que se decidió á tomar un partido extremo para impedirlo y salvar su vida por medio de una traicion. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mexicanos, que servian en la guardia del rey su sobrino, para que con la mayor diligencia y astucia se apoderasen de él y lo condujesen cautelosamente á México, porque así convenia al bien público del Estado. Sugirióles el modo de ejecutarlo, y quizás les haria algun regalo ó les ofreceria alguna recompensa para estimularlos á llevar á cabo su designio. Ellos se confabularon con otros oficiales y domésticos del rey Cacamatzin, que reconocieron dispuestos á ayudarlos, y con su socorro obtuvieron todo lo que Moteuczoma deseaba. Uno de los palacios del rey de Acolhuacan estaba construido á orillas del lago, de tal manera, que por un canal que corria por debajo podian entrar y salir barcos. Allí residia entónces Cacamatzin, y los conjurados dispusieron un buen número de barcos con gente armada, y en la oscuridad de la noche, que tantos delitos cubre y favorece, atacaron de improviso al rey, con tanta prontitud, que ántes que viniesen los suyos á su socorro, lo pusieron en un barco y lo llevaron sin perder tiempo á México. Moteuczoma, sin respeto alguno al carácter de soberano, ni á su parentesco con el príncipe Cacamatzin, lo entregó inmediatamente á Cortés. Este general, que segun aparece en toda su conducta, no tenia la menor idea del respeto que se debe á la majestad real, aun en la persona de un bárbaro, mandó encadenarlo y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Las reflexiones á que dan lugar este y otros extraordinarios sucesos de esta Historia, son tan triviales, que no juzgo necesario interrumpir con ellas el curso de mi narracion.

Cacamatzin, que había empezado su infausto reinado con las disensiones de su hermano Ixtlilxochitl y con la division de sus dominios, lo acabó con la pérdida de la corona, de la libertad y de la vida. Determinó Moteuczoma, con aprobacion de Cortés, que la corona de Acolhuacan se diese al príncipe Cuicuitzcatzin, que había sido hospedado en el palacio de su tío desde que por huir de la persecucion de Cacamatzin, se refugió en México é imploró su pro-